

dista, preparando diariamente los discursos que debía por la noche distribuir ó vender entre los Jacobinos; un año solo que en realidad vivió en este mundo; la señora Duplay encontró muy dulce cobijarlo, rodearlo de solicitud. Púedese juzgar su cariño por la vivacidad con que contestó al comité del 10 de Agosto que buscaba en su casa un sitio seguro: «Marcharos de aquí; vosotros queréis perder á Robespierre.»

Era el pequeño de la casa, el dios. Todos estaban para él. El hijo le servía de secretario, copiaba y volvía á copiar sus discursos tan limados. El Sr. Duplay, su sobrino, lo escuchaban siempre insaciablemente, devoraban todos sus palabras. Las señoritas Duplay lo querían como una hermana. La más joven, vivaracha y encantadora, no perdía ocasión de alegrar al pálido orador. Con tal hospitalidad ninguna casa hay triste. La pequeña casa, alegrada por la familia y los obreros, no perdía movimiento. Robespierre, sentado á su mesa de madera donde escribía sus discursos, levantaba los ojos y veía ir y venir á la señorita Cornelia ó á alguna de sus amantes hermanas. ¡Cómo debió fortalecerse en su imaginación la idea democrática por una tan dulce imagen de la vida del pueblo! ¡Del pueblo, menos la vulgaridad grosera, menos los vicios compañeros de la miseria! Se eleva el nivel moral de esas familias populares que todo lo ennoblecen con su asiduidad y su amor. Las casas más humildes del hogar adquieren belleza cuando las prepara la mano amada. ¿Quién no ha sentido todas estas cosas? No dudamos que el infortunado Robespierre en la vida árida, seca, sombría, artificial, que las circunstancias le habían creado desde su nacimiento, sintiera en aquel momento los encantos de la naturaleza despertando á sus adorables caricias.

Compréndese desde luego que viviendo entre aquella familia, ofrecer una pensión es imposible. Juzgo que debe ser así por las palabras que un Jacobino disidente dijo á Robespierre: «...explotando la casa Duplay, haciéndose mantener como Orgon mantenía á Tartufo,» reproche bajo y grosero de un hombre indigno de sentir la fraternidad de la época y la alegría de la amistad. Si Robespierre se aventuró algún día á ofrecer pensión es seguro que los Duplay la rechazarían duramente.

Lo que causa asombro es que un año pasado de este modo no dulcificara el corazón de Robespierre y modificara su carácter, antes al contrario. ¡Hecho inesperado!

La amistad, lo que á otros sirve de placer, á esta alma áspera, trabajada desde la infancia por la desgracia, producía efectos contrarios. Todo lo que poseía en su teoría de amor y predilección al pueblo, fortificado por el espectáculo que tuvo en esta excelente familia, parece haber exaltado su odio contra los enemigos del pueblo; el amor, los sentimientos más puros y dulces, sirviéronlo de amargura. Se hizo despiadado, como nunca lo había sido hasta entonces. Su odio, más grande de día en día le hacía desear la muerte de sus enemigos, de los de la Revolución; para él era lo mismo.

En este número comprendía á los que no estuviesen sobre la línea señalada por él. El justo medio de la Montaña que él creía haber encontrado fué un trazo preciso, línea excesivamente estrecha como el hilo de una lámina acerada, sin torceduras. Los dos lados eran igualmente la condenación. La *mediocridad* que fué su ideal en política, en fortuna, en costumbres y en todo, era recordada sin cesar en sus frases morales y sentimentales, especie de homilias y diatribas; aún lo era más en su persona, en sus costumbres, en su aspecto. La blancura purísima y honesta de sus medias, de su chaleco y su corbata, vigiladas severamente por la señora y las señoritas Duplay; los calzoncillos de nanquín y su hábito á rayas; polvoreados los cabellos partidos en dos alas, todo en Robespierre daba la idea de un rentista mediocre, el tipo mismo que el gran demócrata tenía en espíritu. *El hombre de tres mil libras de renta.*

Al primer golpe de vista se descubría que este rentista vivía á la antigua, lo que era verdad.

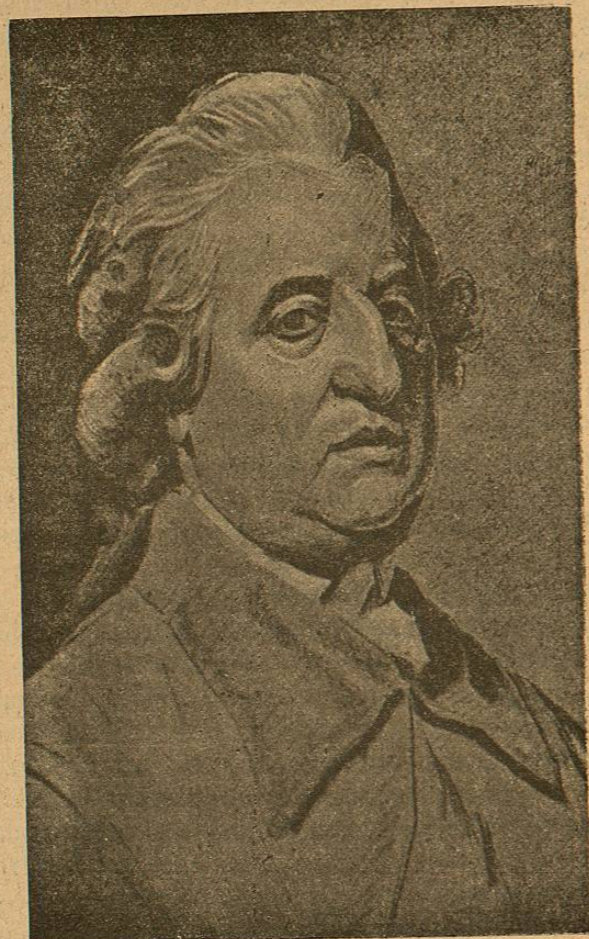
Molestábanle las ingenuas franquezas del espíritu revolucionario, el tuteo fraternal; todo le era insoportable; durante mucho tiempo impidió estas familiaridades entre los Jacobinos como cosas inconvenientes. Lo primero la decencia. La suya era menos la de un tribuno que la de un *moralizador* de la República, de un censor impotente y triste. Su risa, y raramente se reía, era aguda; si sonreía adquiría su semblante un aspecto de tristeza, como si su corazón no pudiera soportar la sonrisa.

Tenía la idea, justa en el fondo, de que si fundía la estatua de la República mitad oro y mitad cieno, el cieno acabaría absorbiendo el oro y la estatua se derrumbaría. ¿Cómo impedir esta mezcla con la triste herencia del antiguo régimen? ¿Cómo distinguir el oro del patriotismo y de la virtud? ¿Por qué signos se le conocería? Se había abusado de todos. El Terror, solapadamente se enmascaraba con los signos patrióticos. El distintivo de los partidos políticos era una máscara del 89. El hábito sencillo, de colores sombríos, los cabellos plata y negro, todo fué adoptado el 91 por los aristócratas. ¿Quién practicaba la filantropía? No se puede culpar á Robespierre como autor del origen de este estado. Los exaltados especialmente le eran muy sospechosos; los creía traidores, pagados por Pitt ó por Coblenz para deshonar la Revolución.

Todas estas penosas ideas, mortificándole interiormente, dieron á su rostro el carácter de un objeto extraño. Desmadejado, enfermo, sufriendo desde el 89 las risotadas de la Constituyente, montó en odio y se fortificó á los aplausos del pueblo. Su modo de andar automático parecía el de un ser de piedra. Sus ojos inquietos, con brillantez de acero pálido, expresaban el esfuerzo de un miope que quiere profundizar hasta el corazón y la abstracción confiada de un hombre que renuncia á ser hombre para ser un principio viviente.

¡Vano esfuerzo! Siempre fué hombre—para odiar aun más;—fué un principio inflexible que jamás perdonó.

Marat le había dicho el 90 (24 Octubre) que tendía á la Inquisición. Quería comprender entonces entre los criminales de lesa nación no solamente á los que atacaban la existencia física de la Francia, si no su *existencia moral*. Desde entonces, como dijo muy bien Marat, condena-



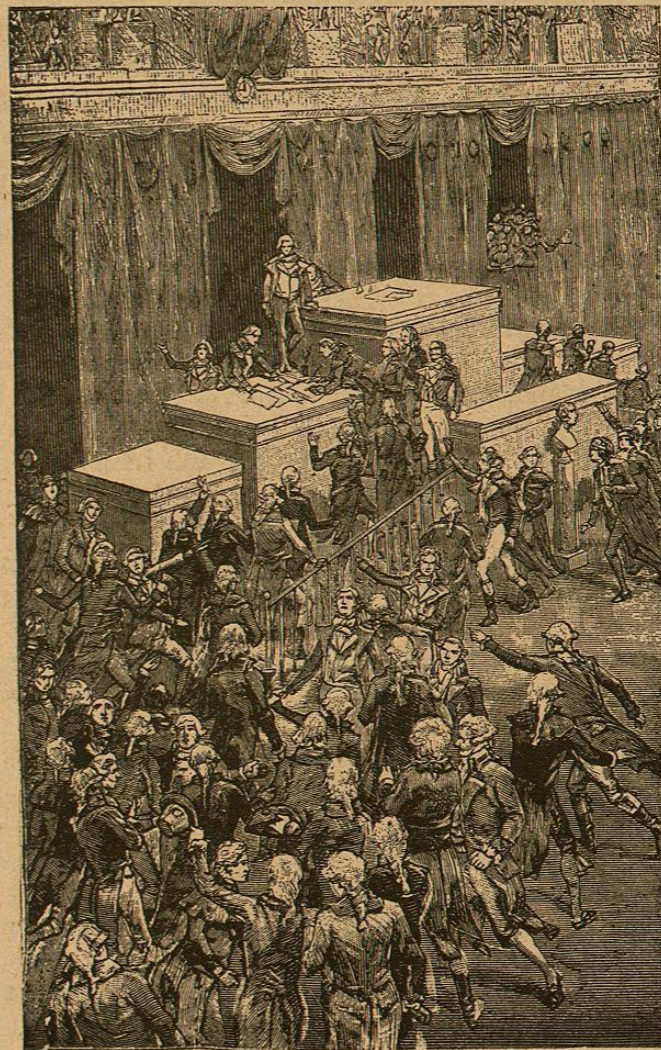
LUIS XVI

ría á muerte á los libertinos, porque atacan con golpes seguros las costumbres de la nación. El mismo Evangelio no está muy seguro; su precepto de obedecer á las potencias corporales puede resultar un ataque directo á la moralidad política de la nación.

Esta tendencia ultramoralista se hubiera arraigado profundamente bajo Robespierre si las circunstancias violentamente políticas le hubieran sido propicias. Comiénzase á llevar, sea á la Comuna, sea á los Jaco-

binos, causas por adulterio y otras causas morales, que en la Edad Media se sometían á la autoridad eclesiástica.

Robespierre tenía una condición muy propia en las naturalezas de



no contentos solo con el discurso de Thuriot, quieren firmar su discurso. (Pág. 439)

cera, y'es que sus vicios y sus virtudes se adaptaban perfectamente, pres-tándose una especie de fraternal asistencia. Su rigor de costumbres y su elevación de ideas santificaba sus odios. Sus enemigos, sus rivales, aún sus amigos, poco dóciles, los que se llamaban *Indulgentes* (Danton, Desmoulins, Lacroix, Fabre d' Eglantine) fueron sacrificados por él,

condenándolos con todo el rigor que pudo como censor de las costumbres.

Finalmente creyó inspiradas en la justicia y el derecho sus acusaciones y juzgó dignos de la muerte á quienes él tenía interés en perder.

El sueño atroz de una selección absoluta para la República se arraigó en él. Imitador por temperamento, bárbaramente imitador, parece inspirarse no solo en los pasajes más duros y amargos de Rousseau, si no en un pequeño libro que conocía profundamente: el paradójico *Diálogo de Sila y Eucrates*. Le gustaba repetir estas enfadosas palabras (que tanto hubiera sentido Montesquieu si hubiese sabido el uso que iban á tener): «La posteridad puede ser que encuentre poca sangre derramada y que no todos los enemigos de la libertad han sido procritos.»

Juzgábase él muy puro y capaz de desempeñar este papel. He aquí el error. ¿Quién es puro?

¿Cómo no se puede descubrir en su alma enferma, á través del patriotismo que lleva su fondo, el mal terrible que reside en él? Hablo de la exasperación de rivalidades y competencias. Nada le fué más fatal que sus celos por no haber tomado parte en las grandes jornadas de la República, ni en Julio del 91, ni en Agosto del 92. La prensa girondina se lo recordaba sin cesar y él sufría cruelmente. Aún estrechándose en los moldes de la continencia, sintió las picaduras de estos insectos venenosos. Perjudicó también su insaciable interés en acusar á Brissot de autor de los sucesos del Campo de Marte, proclamándole asesino del pueblo.

Aun sufría veleidades, desequilibrios y dió alguna vez la mano á los furiosos que quiso sojuzgar antes de dirigir aquel insensato documento á la Convención.

Los Jacobinos descendían. Una escena inesperada reveló hasta qué extremo podían encontrar amigos y auxiliares. Tenía Robespierre en lo más bajo de la escalera de la tribuna un muchacho llamado Varlet, que apenas tenía veinte años y á quien se había visto ya en todas partes donde se había derramado sangre. Marat más de una vez se expresó con terror del joven tigre. Hablaba de la muerte Marat, pero de la muerte política, como es Septiembre. Varlet seguía su camino riéndose del buen Marat. Veíasele generalmente con un palo en la mano derecha y un tablado de tijera en la izquierda. Si la ocasión le parecía propicio saltaba sobre la tribuna portátil y hablaba. Sobre todo gustábale hablar á la puerta de los fuldenses, á la puerta de la Asamblea, pues el hablar de las matanzas era su texto ordinario. Los Jacobinos hasta entonces no habían recibido á Varlet mas que á silbidos. Una vez, el 7 de Noviembre, entró con un gorro figio á la punta de su palo, se le concedió el uso de la palabra y dijo que en su tribuna ambulante se había constituido en defensor de Robespierre, acusador de la Gironda etc., etc. La audacia de aquel bribón hizo enrojecer á muchos. Uno solo osó hablar para quitarle el uso de la palabra, un hombre honrado, el carnicero Le-

gendre. Los demás cobraron valor entonces y lo arrojaron. Cosa triste, un miembro importante de la Convención y de la Montaña, Bazire, tomó su defensa, exigió que se le creyera. Entró Varlet triunfante, se instaló en la tribuna habló cuanto quiso y fué aplaudido.

La aparición de un cómico de su enrucijada, de un farsante que habitualmente rogaba por la reproducción de Septiembre ¿era un accidente? ¿Esta afrentosa sed de sangre era un fulgor fortuito? Había de todo. Dos días antes (el 5 de Noviembre) el orador ordinario de la Sociedad, el que frecuentemente ocupaba la tribuna con grandes aplausos, Collet de Herbois, declaró: «Nuestro credo es Septiembre.»

La sociedad se envilecía. Danton mismo, nada hostil á los hombres más violentos y exaltados, no quiso acercarse más, disgustado por el triunfo de las fanfarronadas y la falsa energía. Nombrado presidente en Octubre no asistió más que dos veces, en dos ocasiones solemnes, para felicitar á Dumouriez, vencedor, y para acoger á los saboyanos que se entregaban á la Francia.

Una parte de la Montaña, Cambon, Carnot, Thibaudeau y otros no pudieron nunca dominar la instintiva repugnancia que sentían hacia los Jacobinos por la violencia de unos y la hipocresía de otros. Respirábase á la entrada del cavernáculo un olor á sangre que muchos no soportaban.

Nadie dudó entonces de que con los Jacobinos era imposible constituir un partido que hiciera otro 2 de Septiembre. El hecho de alabarse de haber lanzado la turba motinesca en sus más viles representantes suponía en ellos siniestros designios. La guardia departamental aun no había sido creada, pero un gran número de federados se agrupaban para la defensa de la vida de sus diputados en peligro, los otros para unirse más lejos al ejército; estos quedábanse para impedir los motines. La Convención casi entera acordó que los federados estuvieran en París.

Estaba impresionada profundamente por una palabra de Buzot, palabra profética de un hombre nada tímido: «¿Se os va á hacer votar la orden del día forzosamente? ¿Qué gobierno queréis entonces? ¿Qué aprestos funebres son estos que os preparáis para vosotros mismos?»

La Asamblea sintió frío, tembló. Después tomó bríos, cuando un hombre independiente de la tertulia girondina, Cambon, mostróles su verdadera situación, el abismo al que dejábase arrastrar fascinada por la violencia. Los jacobinos querían obligar á los federados á que partieran, esto es, desarmar la Convención. Hízose presentar hipócritamente la demanda por el ministro de la guerra so pretexto de necesidades públicas. Cambon estalló en palabras terribles, concisas, como un hombre que dijera: No, yo no puedo morir. La Convención rechazó la demanda del ministro, esto es, votó que los federados estuviesen en París.

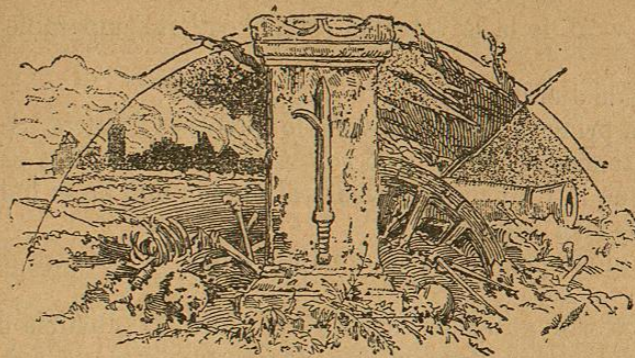
El discurso de Cambon falto de elocuencia y pretensiones, decía po-

co más ó menos: ¿Quién ha hecho el 10 de Agosto? No los que se alaban, sino nosotros, la Legisladora, que hemos desarmado al rey y hemos arrojado su guardia. Y bien, la Convención, si arroja á los federados, no hace más que prepararse un 10 de Agosto contra ella misma. Habla después de Septiembre con violencia y horror, censura las afrentosas escenas de entonces y recordó amargamente que la Convención no estuvo prevenida para apoderarse de la guardia municipal.

«Es todavía (dijo) por los terrores de Septiembre por lo que el ministro de la guerra ha hecho esa demanda de alejar á los federados, de desarmar á la Convención... Dicese que los meridionales quieren federalizar á Francia. Si ellos quisieran ese gobierno, nosotros no estaríamos aquí. Si quisieran lo tendría. Pero ocurre todo lo contrario. A la partida de los diputados del Mediodía nos dijeron: «Nosotros queremos ser franceses, ser unos con nuestros hermanos del Norte y que no haya más que una Francia... Vuestras cabezas nos responderán...»

Se ha hablado de una dictadura de Cromwell; unos han dicho: *No queremos Cromwell*. ¡Sin duda, ya no se le quiere más! Pero llegará un día en que un ambicioso habrá ganado victorias y os dirá: «*Hacedme rey y seréis más dichosos!*... Si; he aquí lo que se os dirá: pero esto no será mucho. ¡Mueren los reyes, los dictadores, los protectores, los Cromwell!

De un solo golpe atacó á Dumouriez como pérfido y á Robespierre como impotente.



CAPITULO V

El proceso del rey.—Intento de la izquierda para aterrorizar á la derecha.—Saint-Just (13 Noviembre 92)

La ideal moral de la Revolución.—Unanimidad moral de la Francia revolucionaria hasta los últimos meses del 92.—Prueba única y terrible que sufrió entonces Francia.—Había motivos suficientes para tomar medidas de seguridad personal.—El proceso mal determinado por la Gironda.—Homicida discurso de Saint-Just.—Figura de Saint-Just.—Sus antecedentes, sus primeros ensayos.—Es nombrado, antes de la edad reglamentaria, miembro de la Convención.—Su discurso es una amenaza para la Convención (13 Noviembre 92).—La derecha atemorizada por la audacia de la Montaña.

Los federados de los departamentos quédanse en París; la Francia guarda la Convención. Desde entonces ésta tiene menos que temer materialmente. Falta que se sepa conservarse moralmente. Se podrá ejercer sobre ella el terror en la opinión si permanece vacilante, si no está firme en su asiento y falla su tribunal inspirándose en principios invariables que hagan olvidar las vanas agitaciones pasadas.

En el momento mismo en que comienza un proceso criminal, un juicio á muerte, la primera necesidad es que el juez, con la mano puesta sobre el corazón, siente bien sus principios, sus leyes, su fe, la idea por la cual se quiere violar lo que es inviolable: la vida humana.

Siendo una la idea del derecho, el derecho judicial y el derecho político tienen el mismo fundamento. Determinar el principio en virtud del cual ha de morir el acusado es determinar el principio en que vive la sociedad que lo juzgó. La Revolución, juzgando á Luis XVI, se juzgó asimismo implícitamente; indicaba de qué ideas morales se componían su vida y su derecho.

¿Cuál era la idea moral de Francia?... Todos los políticos eminentes de Francia sonríen, mueven la cabeza ante la palabra idea. Saben que el glorioso enemigo de los ideólogos pereció por faltarle una idea. Los que viven, viven por un ideal; los otros, son los muertos.